EXALTACIÓN DE LAS GLORIAS DE

NUESTRA SEÑORA DEL CASTILLO CORONADA

PATRONA DE LEBRIJA

DAVID CARO AGUILERA

Agosto de 2021

Lebrija

A la memoria de mi padre,

un hombre que entendió la vida.

Si atendemos a la historia, a pesar de la absoluta falta de documentación, encontramos que la imagen de Nuestra Señora del Castillo tiene su origen en torno a mediados del siglo XIV, baja edad media, período conocido como el gótico. Creemos que su realización está relacionada históricamente con la estabilización de la población de esta villa de Lebrija, una vez que pierde su condición de zona fronteriza con la toma de Antequera. Por sus rasgos estilísticos, con cierta influencia de la escuela francesa, podríamos relacionarla con ese modelo de tallas tan dado en Andalucía, llamadas vírgenes "fernandinas", que instituyera el mismo Rey Fernando III el Santo con la conquista, para el bando Cristiano, de la mayor parte del bajo Guadalquivir. Sin embargo existen otras teorías, totalmente desconocidas, que nunca han sido recogidas por escrito.

Y es que yo no he venido hoy aquí a profundizar en un análisis histórico-artístico de esta singularísima talla. Tampoco a impartir una catequesis sobre la figura de Santa María, ni a desglosaros las publicaciones o tratados de mariología existentes, principalmente porque no sabría ni por donde empezar. Tampoco he venido a explicaros la indisoluble vinculación, a través de los siglos, de la imagen, Lebrija y esta antigua y fervorosa hermandad, la del castillo. No he venido a contaros lo que todos vemos, conocemos o que otros ya han recitado anteriormente.

Hoy estoy aquí para que, al menos durante un rato, olvidéis todo lo que sepáis o hayáis leído sobre el origen de la Virgen. Os propongo viajar atrás en el tiempo, a esos otros fascinantes cuentos e historias que narran el nacimiento de una imagen, a la creación del amor.

- Reverendo Señor cura párroco de Santa María de la Oliva.

- Excelentísimo Señor Alcalde, presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Lebrija.

- Señora Teniente de Alcalde y Delegada de servicios sociales.

- Señor Teniente de Alcalde y de delegado de fiestas y participación ciudadana.

- Señor presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la ciudad.

- Señor Hermano Mayor y miembros de Junta de Gobierno de la Hermandad del Castillo.

- Dignísimas autoridades.

- Amigo presentador.

- Devotos de la Virgen.

- Amigos todos.

Paz y bien.

Era doce de septiembre, y los tres se conocieron ese día, allí, de casualidad. Un niño que aspiraba a ser artista, un hombre de mediana edad, médico por vocación, y un anciano, ya en el atardecer de su vida, que dedicó sus años al noble oficio de la labranza de la tierra. Como hijos de Lebrija, los tres tenían algo muy fuerte en común, una verdadera devoción por la Santísima Virgen del Castillo.

A pesar de que acababan de conocerse, entablaron una muy buena relación. Hablaron de muchas cosas, tocaron varios temas, pero como no podía ser de otra forma, en un día tan señalado para estos tres devotos, su tertulia rápidamente giró en torno a la Reina y Madre de este pueblo.

Hablaron de sus vivencias con Ella, de los días grandes de la hermandad, de sus tradiciones y anécdotas, de su amor por Santa María…

Llegó el momento, durante su extensa conversación en aquella mañana, que comenzaron a hablar sobre la autoría y creación de la imagen de la Virgen, y se dieron cuenta que sus relatos, los que les contaban sus abuelos, no eran ni si quiera parecidos. Es cierto que los tres coincidían en el período histórico, siglo XIV, plena edad media, pero cada uno tenía una teoría de cómo se llevó a cabo la creación del amor. Como tenían tiempo, y ganas, acordaron exponer sus hipótesis, con el fin de averiguar que relato tenía más veracidad, porque lo cierto es que sobre eso nada había escrito.

Quiso comenzar el más joven, asegurando que su cuento –por que es un cuento, y así debemos entenderlo- era muy antiguo y se había ido contando de generación en generación, hasta nuestros días.

Se pusieron cómodos y abrieron sus oídos.

Y dijo el niño:

La historia de un castillo y su princesa

Esta, señoras y señores, es la historia de un castillo y su princesa.

Hace mucho tiempo, hará unos setecientos años, en una cercana tierra, existía un antiguo reino gobernado por una joven princesa. Era un pueblo de gente feliz, hacían vida normal. Había artesanos, soldados, panaderos, comerciantes, molineros y muchos dedicados a la agricultura, ya que todo era una gran explanada que se perdía en el horizonte, ideal para el cultivo. La villa estaba formada toda de casitas bajas de madera y piedra, nada había que sobresaliera por encima de la planicie de aquella tierra de marisma.

Un día, de pronto, el cielo se tornó de un gris muy oscuro, casi negro, y con él un viento frio unido a un silencio poco habitual. No sería más que la calma que precede a la tempestad, pues aquellas gentes ni se imaginaban lo que estaban a punto de presenciar. Todos miraban hacia arriba, pues se veía como una sombra proyectada, una silueta. De repente, de entre las nubes negras, apareció nada más y nada menos que un enorme dragón escupiendo fuego de entre sus afilados colmillos. Si, un dragón. Era un ser gigantesco, lleno de escamas, muy ágil, con unas enormes alas que cortaban el viento y una larga cola que movía a modo de timón mientras surcaba el cielo a baja altura. Los

habitantes de aquel pueblo estaban aterrorizados, pues habían oído historias y cuentos de dragones, pero pensaban que eran solo eso, historias.

Mientras seguía escupiendo fuego por su boca, coloreando todo de un naranja intenso, bajaba su vuelo cada vez más, hasta el punto de arrastrar sus garras por la tierra de las calles.

En una de esas, en un giro repentino en su rumbo, el imponente dragón agarró a varios niños mientras estos corrían intentando huir de sus zarpas. Los valientes soldados que allí estaban quisieron de alguna forma detenerlo, y usaron sus arcos para lanzarles flechas. Ni una sola consiguió siquiera arañar la dura piel de aquella enorme bestia, pero al menos consiguieron desorientarlo haciendo que soltara a los niños y huyera cielo adentro.

Pasaron los días, las semanas, los meses y aún se preguntaban todos, sobre todo la princesa, por que el mal había llamado a las puertas de su reino en forma de demonio escupe fuego.

Al tiempo, poco más de un año, en una jornada normal, la luz de pleno día se ocultó y el cielo se tornó gris de nuevo. Con el zumbido del viento, volvió. Allí estaba otra vez aquel ser, peligroso e indomable, atemorizando a las gentes de aquel pacífico pueblo. Fue dando vueltas en círculos, sobrevolando las casas y las calles, cada vez más y más bajo, hasta que tenía a los niños a merced de sus poderosas garras de águila. Por segunda vez iba buscándolos a ellos, a los más pequeños e inocentes del pueblo. Los perseguía esta vez de forma más ágil, estaba aprendiendo. En esta ocasión no intervinieron los arqueros con sus flechas, pues no fueron útiles la última vez. La princesa, en este tiempo atrás, adiestró soldados y les ordenó para la defensa

usar lanzas muy largas, de cuatro o cinco metros, a modo de picas, extraídas de los eucaliptos centenarios de la frontera del reino, de allí donde el agua acariciaba la tierra. Grupos de soldados de infantería en perfecta formación, todos muy juntos, intentaron proteger a los niños, pues apoyaron firmemente sus afiladas lanzas en el suelo, creando una estructura móvil, sólida e impenetrable. La bestia no podía acceder y agarrar a los niños, pues las afiladas picas se lo impedían. A esos soldados se les conoció como el valiente tercio de dragones.

Pero el mal se aprovecha de la fragilidad, buscando cualquier debilidad y los huecos para entrar. Y es que olvidaron el fuego. Frente a un ataque de fuego de dragón poco podían hacer. Todo prendió y se creó el caos. Todos corrían, sin rumbo. Finalmente el dragón, algo fatigado por el esfuerzo, desistió por esta vez y se fue entre las nubes mientras rugía enérgicamente.

Había dejado claro que su objetivo eran los niños, no sabían porque, y también que volvería.

Al poco tiempo la princesa, que estaba especialmente afectada, reunió a los sabios del reino para buscar una solución definitiva a los ataques de la bestia, pues ni los afamados arqueros ni la infantería con sus largas picas pudieron detenerla. Entre los sabios había caballeros, algunos nobles, el alto mando del ejército, el maestro constructor, y un fraile muy anciano, que aunque el pueblo perdió la fe hace mucho tiempo, mantenía un pequeño monasterio en la frontera. Fueron varias horas de tensa deliberación, pues lo cierto es que la decisión a tomar implicaba mucho riesgo para todos, pero finalmente llegaron a un punto en común: Para salvar a los niños, era necesario la creación de una fortaleza.

Acordaron que cada uno aportaría lo que estuviera en su mano. Los caballeros organizarían todo el trabajo, los nobles aportarían el oro necesario, el maestro constructor sería el arquitecto de aquella faraónica obra, el ejército sería adiestrado en la defensa de los muros, y el anciano fraile, como era ya muy mayor, no le encargaron ninguna tarea y volvió al monasterio.

Todo el pueblo se volcó en la construcción. Durante esos meses extrajeron la materia del corazón mismo de la tierra, el barro. Lo modelaron creando grandes bloques, los cocieron en los hornos del reino y con ellos levantaron una enorme fortaleza, un castillo, con sus altas torres y solidas murallas.

El anciano fraile no se quedó de brazos cruzados, y como hombre de profunda fe, durante esos meses esculpió, muy lentamente, la imagen de una Virgen con el niño a la que se le pudiera rezar para así alejar a todo mal de aquel pueblo de paz. La hizo con unas viejas vigas de madera que trajo la suave corriente del rio y unos pigmentos naturales extraídos de las flores de la rivera. La vistió con retales de unas níveas túnicas y, con sus ya torpes manos, le bordó un manto con una antigua vela de lino de un galeón español.

Fue el regalo de ese fraile, su aportación a la defensa en la guerra contra el mal. Por su expreso deseo, la imagen la llevaron al interior de aquel enorme castillo.

Era el segundo día de febrero cuando el dragón volvió por tercera vez. Atacó y de nuevo persiguió a los niños. Estos corrieron, lo más rápido que pudieron, a esconderse tras los muros. Y se ocultaron en la zona más segura, el corazón mismo de la fortaleza. Los rugidos de la bestia los asustaban aún más y decidieron esconderse lo mejor posible; agachados y en silencio, bajo el enorme manto de la imagen de aquella preciosa Virgen. La bestia, muy cabreada, descargó toda su ira en forma de fuego contra aquellas murallas de barro. Y ocurrió lo que nadie imaginaba, las fundió, comenzaron a derretirse como si fueran de cera. Las torres y murallas desaparecieron por completo, y, sorprendentemente, quedó tan solo al descubierto, reinventando el horizonte, la imagen de la Virgen sobre una enorme montaña de barro.

El dragón volvió a rociarla de fuego, pero no le hacía ni el más mínimo rasguño, al contrario, hasta parecía que la imagen sonreía al ver que toda la ira de aquella bestia nada podía hacer contra el poder de Dios. A más fuego, mas marcada era su sonrisa. La bestia se frustró tanto que inmediatamente se volvió un ser débil y aturdido, momento que el tercio aprovechó para encadenarla y sepultarla para siempre bajo aquella montaña de barro fundido que un día fue un enorme castillo.

La gente se dio cuenta entonces que la verdadera fortaleza del pueblo no eran las sólidas murallas ni las altas torres, era Ella, María, el más fuerte y poderoso escudo contra el mal.

El pueblo recuperó la fe de sus abuelos y aquella imagen quedó bautizada como Santa María del Castillo. Y desde aquel día, para no olvidar a la verdadera fortaleza, cada dos de febrero, día de la candelaria, y con el fuego muy presente, los hijos del reino son

presentados ante la Virgen, escondiéndose bajo su manto, en recuerdo de aquellos inocentes niños que se salvaron de las garras del dragón. En memoria de aquella gran victoria del bien contra el mal.

Al médico y al anciano les gustó la historia que oyeron. Entendieron que ese relato de la creación de la imagen aderezado con caballeros, princesas y dragones, es la historia vista a través de los ojos de un niño, con sus aires fantasiosos, pero que no deja de tener un fuerte cimiento, y es que María es el camino más seguro, el más corto y el más perfecto para ir hacia Dios.

El niño mostró, con su cuento, su fuerte confianza y devoción hacía la Virgen. Y es que no debemos olvidar la fe de los más pequeños de la familia, esas almas puras que algún día serán ejemplo para los creyentes, con su palabra y su conducta. Este relato, adaptado un poco a su lenguaje, va por ellos, para que nunca olviden que bajo el manto de la Virgen siempre estarán seguros.

Algunos se preguntaran –hay quien por desconocimiento, otros por falta de fe, y otros simplemente por una mera cuestión de intento de ofensa (curiosamente mas anticlerical que iconoclasta)- que como es posible que sean creadas todas estas

historias en torno a una imagen que tan solo es madera. Y lo cierto es que no es solo una imagen de madera, igual que nosotros no somos solo un trozo de carne.

Una imagen religiosa es la armonización perfecta entre arte y fe, y cuando es verdaderamente Sagrada, se convierte en un poderoso puente hacia Dios, que a veces dice mucho más que un extenso libro de profunda teología, porque es como un dardo ardiente que va directo al corazón. Nosotros veneramos –que no adoramos- a la Virgen del Castillo, y con fundamento, pues a través de ella nos ha llegado a muchos la salvación.

Y es que, ¿Cómo se puede decir tanto con unos elementos tan escuetos como lo son el rostro y unas manos?, ¿Cómo es posible establecer tan fácilmente ese diálogo íntimo entre la imagen y el contemplador? Si es solo madera, ¿Cómo es posible encontrar siempre en Ella ese refugio y fortaleza tan necesarios en nuestro camino diario? ¿Cómo es posible, que con tan solo contemplar una sencilla estampa de su imagen, se inunde por completo el corazón de esperanza?

Y es que "a veces no vemos las cosas, porque las tenemos demasiado cerca". Yo sé lo que es la madera. Se lo que es una escultura, por dentro y por fuera. Y se, con absoluta certeza, que la Virgen del Castillo y su obra están por encima de la simple materia terrena.

Era casi la hora del almuerzo. El anciano y el niño iban a comer juntos, allí mismo, y finalmente, se unió también el hombre de mediana edad, pues era el siguiente en contar su relato, su teoría de cómo nació la imagen Nuestra Señora.

Como dije era doce de septiembre, el día grande de la patrona, y en ese momento, por circunstancias, no estaban cerca de Ella, pero como veis seguía siendo el eje principal de su conversación. Además todo esto lo hacían bajo su atenta mirada, pues lo primero que hicieron nada más llegar fue colocar una estampa suya en la pared de aquel lugar.

Permanecieron muy atentos y escucharon.

Y dijo el médico:

La historia de la mujer de las flores

Esta, señoras y señores, es la historia de la mujer de las flores.

Un día, hace mucho, mucho, tiempo, estaba Dios creando la primavera. Como el mejor escultor, estaba sentado frente a un banco de trabajo, con buena luz y ropa de faena. En ese momento estaba modelando, una a una, todas las flores que colocaría posteriormente en la tierra. Cogió un pedazo de cera y comenzó a modelar una rosa. Hizo los pétalos, poco a poco, a velocidad de óleo. Los agrupó, y los unió al tallo. Luego le añadió tres hojas, todas diferentes y a la vez todas perfectas. Cuando

tenía la rosa casi lista, añadiendo los últimos detalles, tuvo Dios la mala suerte de pincharse con una de las espinas del tallo. Fue casi imperceptible, por lo que Él continuó con la tarea. Pero de la herida de su dedo corazón cayeron dos pequeñas gotas de sangre, que fueron a posarse en los pétalos de una hermosa azucena blanca, recién acabada de modelar, que tenía en un canasto junto a sus pies, donde iba agrupando las demás flores terminadas.

Cuando acabó de modelar la primavera, Dios llamó a sus ángeles y los mandó a la tierra a colocar los árboles, a soltar las mariposas, a cambiar los cauces de los ríos y a sembrar todas las flores que había creado.

Mucho más adelante en el tiempo, mucho más, cuando el mundo estaba poblado y siguiendo su curso natural, en torno al período que llaman el gótico, ocurrió algo relacionado con lo relatado anteriormente.

En un pequeño pueblo asentado en la ladera de un cerro, en las tierras bajas del valle del Guadalquivir, vivía, en una modesta y pequeña casa, una mujer muy pobre, pero tremendamente feliz. No tenía familia, pero nunca estaba sola, como persona de profunda fe siempre estaba con Dios. Para poder comprar algo de comer, cada día del año iba a buscar flores al campo y luego las vendía a los viajeros y comerciantes que transitaban el pueblo. Esta gente no compraba cualquier flor, eran exigentes, querían las más hermosas, con lo cual había que trabajar duro para encontrar bonitos ejemplares. Cada día hacía lo mismo, se levantaba temprano para iniciar su búsqueda, y hasta eso de media mañana no volvía al pueblo con su canasto de diez o doce flores.

Esta mujer tenía una tradición, y es que la flor más hermosa que encontraba cada día, siempre, la guardaba y dejaba sin vender. Cuando terminaba el duro trabajo, casi al final de la tarde, pasaba por una pequeña capilla que había junto a su casa y allí dejaba la flor, como ofrenda.

Esa pequeña capilla tenía el tamaño justo para albergar unas cuatro o cinco personas en su interior, no más, pero lo cierto es que últimamente poca gente entraba. Era toda blanca, encalada, pequeña pero con el techo muy alto. Tenía una estrecha ventana en un lateral por donde entraban los rayos de luz a iluminar lo único que había en su interior: Una pobre cruz de madera colgada a media altura en la pared.

Allí dejaba esa flor, la más bonita, en un sencillo tarrito con agua. Lo hacía como regalo a Dios, mientras rezaba siempre un Ave María, como le había enseñado su abuela. Luego daba las gracias e iba a descansar. Al día siguiente hacía lo mismo, quitaba la flor del día anterior, ya un poco marchita, y colocaba la nueva mientras volvía a rezar su Ave María.

Había días que conseguía encontrar más flores, y otros días menos. Unos días conseguía vender más, y otros no tanto. Unos días podía comprar algo de pan para comer, y otros no le llegaba. Pero siempre, siempre, la flor más bella la dejaba a los pies de la cruz, para Dios.

Uno de los días, como tantos otros, salió temprano al campo, a los pies de la antigua muralla del pueblo, a iniciar su búsqueda. Esa jornada fue especialmente dura, pues cada vez se adentraba en terrenos más complejos para encontrar mejores flores que vender.

Era ya medio día, y en su canasto tan solo llevaba una rosa roja, tres o cuatro amapolas, y un ramillete de margaritas. De vuelta ya al pueblo se le cruzó por delante suya una libélula, brillante como la plata, que fue a posarse en una flor tras unas hierbas altas. Su curiosidad le hizo retirar esas hierbas y encontró, para su asombro, la flor más hermosa que jamás había visto: Una impecable azucena, blanca como la nieve, con dos pizquitas de rojo coloreando sus pétalos. Efectivamente, era esa flor aún pura, de las que modeló Dios durante la creación de la primavera.

Volvió al pueblo, a la plaza, a vender lo que había en su canasto. Era poca cosa, no había sido un buen día, pero le daría para comprar algo de pan y fruta.

Pasó una hora, y otra… Iba cayendo esa cálida y dorada tarde, y lo cierto es que no conseguía vender ni la rosa, ni las amapolas, ni las margaritas. Todo el mundo al que se las ofrecía solo quería la hermosa azucena de su canasto. Pero esa no la vendía, esa era para la capilla, para Dios, para ese ratito de oración y dar las gracias.

Y así hizo, sin dinero para comprar, después de un mal día, pero feliz por poder ofrecer su flor ante aquella vieja cruz de madera.

La colocó en el tarrito, le echó agua limpia y cerró los ojos para rezar a la Reina de todos los Santos.

“Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo…”. La flor se agitó de pronto como si hubiera alguna fuerte e inexplicable corriente de aire.

Siguió diciendo: “…bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús…”. La azucena empezó a

crecer y crecer, sus pétalos se agrandaron formando un rostro y sus hojas fueron adquiriendo forma.

"…Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte". Lo que hasta hace un momento era una flor, se había convertido, nadie sabe cómo, en la imagen de una preciosa Virgen coronada de luz, vestida de amapolas y margaritas doradas, con unos enormes ojos atentos, una eterna sonrisa en sus labios, la piel blanca como la luna de marzo y en sus pómulos dos resplandores colorados como dos gotas de la misma sangre de Dios.

Aquella devota mujer le hizo un regalo al Señor, en forma de hermosa flor y rezo a María, y Dios, en su infinita caridad, le devolvió el regalo multiplicado por mil, en forma de una bella imagen de Nuestra Señora, de su madre.

La vendedora de flores ya podía rezar ante la Virgen, que le concedió felicidad y enormes gracias durante todo el resto de su vida. A partir de entonces nunca más esa pequeña capilla estuvo vacía y nadie en ese pueblo dudó jamás de la fuerza de la oración ni de la grandeza de la flor de las flores.

Por lo tanto,

Podemos decir con razón

que aquella imagen creada

por las mismas manos de Dios,

ni fue esculpida ni fue tallada;

Pues la Virgen más bien floreció.

Este otro relato, de cómo nació la imagen, contado por el hombre de mediana edad, el médico, un hombre de ciencia, nos habla justamente de un milagro, de cómo una hermosa flor se transformó en la Virgen.

Ciertamente la Virgen del Castillo ha sido, y es, una imagen conocidamente milagrosa a lo largo de los siglos. Son varios los milagros que tiene documentados y muchos otros no escritos que se quedan en la intimidad de esas devotas familias.

Y es normal que la Virgen, la Madre de Dios, conceda aquí tantas gracias a aquellos que le piden en sus oraciones, y es que España, y más concretamente Sevilla, es la tierra de María Santísima. En ningún otro lugar del mundo, y esto es un dato indudable, se venera tanto a la Virgen como se hace aquí. Como en esta tierra en ningún otro rincón del planeta "se le canta y se le reza, se le baila y piropea, se le grita y se venera, y con marchas se pasea a la Madre del Señor". Ese es uno de nuestros más grandes tesoros, el poder hablarle a la Virgen de tu a tu.

Sigamos hablándole pues a la Virgen del Castillo. Sigamos yendo algún domingo a su encuentro. Sigamos pidiéndole por los nuestros. Sigamos regalando una estampa con su imagen a los que necesitan salud, y sigamos poniendo esa medallita con su cara en las cunas y carros de los niños. Sigamos colocando esos azulejos en nuestros patios, y su foto bajo el cristal de aquella mesa camilla. Sigamos engrandeciendo su día, el doce,

inundando las calles y balcones con sus banderas, colgaduras y flores. Sigamos pidiendo que el repique de campanas sea aún más grande y sigamos acudiendo en masa a sus cultos, Misas, procesiones… Sigamos cuidando el mayor tesoro y orgullo que tenemos los hijos de esta tierra.

Sigamos pidiéndole que interceda por nosotros antes Dios y sigamos hablándole, porque creedme, la Virgen del Castillo siempre escucha.

Y ya no es solo hablarle por ser Ella el mejor puente hacia Dios, ni por la fuerza de sus milagros, es por el día a día, por los pequeños detalles que hacen la vida y forman el tesoro de la virgen.

Cuando regentaba aquella tienda de arte sacro, a veces regalaba unas pequeñas estampas ovaladas, unas pegatinas, con el rostro de la Virgen del Castillo. Y yo veía la sincera felicidad y el profundo agradecimiento en las caras de la gente, seguido de un: “Madre mía del Castillo, te pido por los míos”.

Cuando un buen amigo, costalero de Ella, salió de debajo del paso y me regaló una de las borlas de los flecos del antiguo palio, -que ahora tanto está ayudando en casa por cierto- yo fui la persona más feliz del mundo. Fíjate que cosa, algo materialmente tan insignificante, pero que es de la Virgen. O la flor que me regaló su capataz, o el recorte de una vieja revista de feria son su cara, que me dio mi abuela Dolores. Son detalles, materialmente sencillos, cosas pequeñas, pero que automáticamente nos transportan a algo mucho más grande.

También ha habido otras cosas, algo más visibles, que muestran la grandeza que rodea a la protectora de este pueblo. Como aquel día enorme, histórico, el de la coronación, que tantas cosas

y tan buenas nos dio. O como esos días de culto en los que la Virgen está en el Convento de la Purísima Concepción, el de las monjas de clausura. Esos ángeles del cielo que se colman de felicidad con tan solo ver el rostro de Nuestra Señora entrando por la puerta de aquel templo. Nadie la cuida ni le pone tanto amor como lo hacen ellas.

Todo esto no son milagros, y no hace falta que lo sean, todo esto son los ladrillos de la obra de la Virgen, y el como, aun sin darnos cuenta, nos endereza nuestro camino diario, siempre para bien.

Llegó el momento de oír la historia de la creación que tenía preparada el anciano, el agricultor. Estaban impacientes pues por ahora poco tenía que ver un relato con otro. Primero el niño con la épica batalla en el castillo de la princesa y el dragón, luego el médico con el milagro de la transformación de una pura y hermosa flor… Entonces, ¿Cuál de las historias es la auténtica?

Pegó un sorbo de agua, se quedó pensativo varios segundos, y comenzó. Dijo el agricultor:

La historia del hombre que vio a la Virgen

Esta, señoras y señores, es la historia del hombre que vio a la Virgen.

Iba un anciano pastor, con su pequeño rebaño de diez/doce ovejas, caminando por un estrecho sendero junto una acequia. Como cada día, iba buscando los brotes más tiernos para alimentar a sus animales. Caminaba lentamente, por la ladera del cerro que llaman del Castillo, con un zurrón cruzado al hombro, un largo bastón en su mano, y la compañía de su fiel e inseparable amigo, un flaco galgo de pelo negro. El grupo llevaba un sonido muy característico que lo envolvía todo, pues el pastor, a cada oveja, le había puesto un pequeño cencerro atado al cuello. Era curioso, porque al ser instrumentos rudos, fabricados a mano, cada cencerro tenía un sonido diferente, una nota distinta, creando así autenticas composiciones musicales.

De pronto, una de las ovejas comenzó a separarse del grupo y se perdió. Cada una de ellas era como una hija para él, y al darse cuenta el anciano dejó a las demás y fue en búsqueda de la descarriada. No le fue fácil, el sendero estaba complicado por las recientes lluvias y le costaba avanzar, pero fue persiguiéndola como pudo, y finalmente dio con ella.

Cuando la encontró le ocurrió un hecho que cambiaría su vida para siempre.

Allí, a los pies de un frondoso arrayán, al otro lado de la acequia, y seguido de un fuerte destello de luz, se le apareció nada más y nada menos, que una imagen triunfante de la Virgen con un niño entre sus brazos. Todo fue una profunda emoción silenciosa. Quedó paralizado, no le salían palabras de su boca. A pesar de ser un hombre de una sólida fe, el pastor no podía dar crédito a aquella insólita aparición. Y es que tenía delante suya, a escasos metros, en medio del campo, una preciosa imagen de María, la Santa Madre de Dios. Esa imagen tenía en su piel la luz de luna

de todas las negras noches serenas, el aroma de toda la tierra de marisma, los ojos abiertos de todos los enamorados, en sus pómulos en calor de todos los volcanes, y en su boca la sonrisa de todos los niños. Nunca antes había visto nada igual.

Aquello le impactó tanto que retrocedió sobre sus pasos, lentamente, con una de sus manos aferrada al lomo de la oveja descarriada.

Una vez cercado el rebaño, volvió al pueblo a contar, a viva voz, lo sucedido. A pesar de la fiel descripción que dio de cada detalle, nadie en el pueblo creyó que el anciano pastor hubiera visto una imagen de la Virgen. Era curioso porque era un hombre respetado, no tenía ninguna necesidad de mentir, además que los invitó a que lo acompañaran para que todos la vieran con sus propios ojos.

-¡Señora mía, dueña y poderosa sobre mí, reina de los cielos!, ¡Ojalá estos hombres puedan ver lo que he tenido ante mí!

Desde esa misma tarde la historia del anciano pastor fue fruto de habladurías y burlas en todo el pueblo, y hasta casi le hicieron dudar de lo que Dios le puso frente a él.

A la mañana siguiente, bien temprano, y como cada día, fue a por sus ovejas para ordeñarlas e ir en busca de pasto fresco. Al poco de iniciar la ruta, uno de los corderos, de nuevo, comenzó a alejarse del grupo e inevitablemente el pequeño acabó perdido entre tanta vegetación de aquella ladera. Sus intensos balidos fueron suficientes para que el anciano llegara hasta el. Aunque por diferente camino, acabó allí, en el mismo sitio que el día anterior, al otro lado de la acequia y frente a aquel enorme

arrayán. Otro destello de luz lo iluminó todo. Y allí apareció, reposada sobre unas suaves violetas, la virgen vestida de sol, con una luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su, levemente, inclinada cabeza.

Se arrodilló mientras decía:

- “Oh inmaculada, reina del cielo y de la tierra, refugio de los pecadores y Madre nuestra amorosísima, a quien Dios confió la economía de la misericordia. Yo, pecador indigno, me postro ante ti suplicando que aceptes todo mi ser como cosa y posesión tuya”. Dijo en voz alta.

Las posibles dudas que pudo tener la noche anterior quedaron totalmente disipadas. Esta vez no quedó paralizado ni asustado, todo lo contrario, sintió un profundo gozo por tener frente a él, otra vez, aquella imagen de Santa María con el niño Dios entre sus brazos.

Con el pequeño cordero sobre sus hombros y ayudado de su bastón, volvió al pueblo lo más rápido que pudo.

De nuevo, delante de todos y esta vez sin que le temblara la voz, repitió lo sucedido. Y nadie le creyó, decían que eso era imposible, pero como lo vieron tan convencido de si mismo, y nada perdían, dijeron al pastor que los llevara a ese sitio, para que ellos también pudieran ver a la Virgen. Y así hicieron, todos detrás de él, caminando lentamente tras los pasos del anciano.

Cual fue la sorpresa de todos cuando, al llegar frente a aquel árbol, lo que habían oído cobró todo el sentido del mundo, pues efectivamente, allí estaba la imagen, totalmente fiel a la descripción del anciano. Los ojos, la piel, los ropajes, la corona, el

niño sobre sus brazos,… Estaban muy arrepentidos, pero, sobre todo, profundamente sorprendidos del poder de Dios, y no por el hecho que apareciera allí, en medio del campo, una imagen de la Virgen -que también-, sino de que el anciano pastor la hubiera visto y descrito con tanta exactitud, pues este era totalmente ciego de nacimiento.

Por eso llevaba como apoyo un largo bastón, para guiarse, por eso caminaba tan lentamente, por eso le había puesto a cada una de sus ovejas un cencerro al cuello, para escucharlas, por eso nadie le creyó. Era ciego, y es que había visto a la Virgen con los ojos del alma, pues la fe va directa al corazón de los hombres.

Este último cuento, narrado por el anciano, nos muestra la fe más verdadera; La que no necesita ojos para ver, y si un espíritu abierto a la grandeza.

Muchos tenemos esta fe ciega, este puro don de Dios, que recibimos si lo pedimos ardientemente, pero para otros creer les parece poco, quieren saber. “Sin embargo la palabra `creer´ tiene dos significados diferentes:

Cuando un paracaidista pregunta al empleado del aeropuerto: `¿Está bien preparado el paracaídas?´. Y aquel le responde indiferentemente: `Creo que si´, no será eso suficiente para él, pues esto quiere saberlo con seguridad. Pero si le ha pedido a un amigo que le prepare el paracaídas, este le contestará a la misma pregunta: `Si, lo he hecho personalmente. ¡Puedes confiar en

mí!´. Y el paracaidista dirá: `Te creo´. Esta fe es mucho más que saber: es certeza.”

Esa es la fe de los profetas, esa es la fe de los mártires, esa es la fe de los cristianos perseguidos, esa es la fe del anciano pastor y esa es la fe a la que nos invita nuestra madre, la Santísima Virgen del Castillo.

Como dije al inicio toda esta historia se desarrolla un doce de septiembre, y, a esta hora, la procesión ya recorría las calles de la ciudad.

¿Pero qué hacían esos tres hijos de Lebrija, que en ese día tan señalado no estaban junto la imagen de su devoción? Pues ese niño, con sueños de artista, ese médico y ese muy anciano agricultor no estaban junto a la Virgen no porque no quisieran, pues era su más ferviente deseo, sino porque había algo que se lo impedía, y era la falta de salud. Estaban en la habitación de un hospital. El niño en una cama, el anciano en la otra, y el médico, con tan fuerte vocación, que no los dejó solos en ningún momento.

Todo esto no ha sido más que un reflejo de todas esas historias que se cuentan en las camas y pasillos de esos hospitales. Cuantas oraciones, cuantos pensamientos, cuantas estampitas en esos cabeceros y cuanta esperanza nos regala la Virgen del Castillo.

Posiblemente el niño el próximo año podrá disfrutar del día grande de Lebrija, y el médico tal vez no esté de guardia y también pueda hacerlo. Pero el anciano quien sabe si esos ratitos hablando de Ella, contando su historia, no son sino esos parpadeos previos al sueño eterno. Él sabía que quizás no vería más a Nuestra Señora del Castillo en procesión o en su ermita, pero no le importaba, era un hombre tremendamente feliz, porque sabía que la imagen de la Virgen es un reflejo de María, verdaderamente asunta a los cielos. Volverían a verse allí arriba, pues estaba convencido que la vida se cambia, no se pierde, y que la muerte no es más que el comienzo de la siguiente gran aventura.

Quizás el que la historia general se desarrolle en un hospital, con un medico como uno de los narradores, sea un humilde y sencillo reconocimiento a la vocación, a esa enorme labor de los que se dedican a esta noble profesión, más en estos difíciles meses que llevamos a nuestras espaldas. Su esfuerzo y dedicación intensa han salvado la vida a miles de personas en una pandemia que nos pilló a todos por sorpresa y en desventaja. Por ello merecen mucho más que mi agradecimiento.

Pero no quería dejar pasar esta oportunidad, que hoy me brinda la Virgen, para reconocer la labor de otro colectivo que también ha sido clave en la lucha contra el virus –este que nos asola actualmente y otros más duraderos y peligrosos- y que pocas veces es premiado y multitud de veces atacado. Porque aplaudimos, merecidamente, a los que curan nuestro cuerpo, pero ¿Y los que curan nuestra alma? ¿Dónde quedan esos reconocimientos para una iglesia que se ha dejado la piel ayudando a todo el que lo ha necesitado? Sacerdotes, hermandades, monjas, laicos… La iglesia no es solo Roma, la iglesia también son esos curas que se han dejado el alma ayudando en esos hospitales o parroquias, esas monjas y religiosos que le faltaban horas en las residencias de ancianos, esos voluntarios repartiendo alimentos en las colas de Cáritas, en los comedores sociales, o en la calle, esos cofrades que dedican horas y horas a mantener su hermandad y que han hecho todo lo posible por ayudar a los más desfavorecidos. La iglesia no ha estado dormida, tan solo ha estado en silencio.

Hoy quiero mostrar, alto y claro, mi mayor admiración y gratitud para esos valientes hombres y mujeres de fe, que han trabajado, y siguen trabajando, incansable y desinteresadamente, por honrar a Dios y por ayudar a los más necesitados. GRACIAS.

Esta ha sido mi propuesta para, muy humildemente, cantar las glorias a nuestra Excelsa patrona, fantasear con unos relatos, al más puro estilo medieval, de la creación a través de los ojos de estos tres peculiares personajes lebrijanos. Historias muy diferentes entre si, pero todas narradas desde una profunda devoción y amor por la Santísima Virgen del Castillo. Estoy convencido que el relato histórico del nacimiento de la imagen, el que vivieron aquellos testigos, debió ser un viaje muchísimo más apasionante que estas novelas, sin embargo sigue siendo, y será por siempre, un autentico enigma.

Pero y ahora yo me pregunto, ¿Y qué más da?, ¿Acaso es relevante quien fuera su autor?, ¿Acaso importa el año exacto de su realización? ¿Cambiaría algo nuestra percepción en torno a Ella? Lo importante es que tenemos la enorme suerte de estar cerca, de forma casi milagrosa, de un indudable tesoro artístico y espiritual. Por ello debemos mirar siempre hacia arriba, hacia la cima, y confiar, con un amor imperecedero, en nuestra Madre del Castillo, venerándola como ya lo hicieron nuestros abuelos. Y es que si abrimos, uno a uno, el corazón de cada lebrijano –da igual su condición, ideología o creencia- encontraremos un pequeño hueco, un rinconcito, donde habita el alma de la verdadera fortaleza del pueblo, de esa escultura que no es solo madera, de esa imagen que transciende el tiempo, de esa Virgen que verdaderamente nos escucha.

Termino este viaje con unos sencillos versos que, muy lejos de ser poeta, he escrito a modo de síntesis de toda esta aventura de la creación del amor.

Ella es Castillo, todo es María

I

Hay un misterio en el viento
que ronda ya los seis siglos:
Una imagen, dueña del tiempo,
que reina en un viejo castillo.

Cuentan que bajó del cielo
y buscó en esta villa su exilio.
Dicen que habita en un cerro
cuajado entero de blancos lirios.

Afirman que fue en primavera,
que una azucena pasó a ser madera,
siendo la envidia de todas las flores.

Y narran que fue en esta tierra
donde por ella cesaron las guerras
en la defensa de eternos amores.

II

Algunos creen que fue un sueño,
fruto de hermosos delirios,
de aquellos que sueñan despiertos,
de aquellos que viven dormidos.

Yo creo más bien que esos cuentos,
ninguno escrito en los libros,
son el más fiel testamento
de aquellos devotos testigos.

Habrá fragmentos de pura verdad
intactos al tiempo, que pasa sin más,
a veces tan lento y a veces deprisa.

Y habrá partes de cierta epopeya
que adornan hazañas de aquella doncella
de ojos abiertos y eterna sonrisa.

III

Y aunque ahora todo sean dudas,
¿Qué más da el porqué se creara?
Si fue por las flores más puras,
los ojos del alma, o por una batalla.

¿Y qué importa si existen lagunas?
Si fue en una torre o una muralla,
si viste de sol o viste de luna,
si viene del cielo o es obra humana.

Si fue algún artista o fue una excepción,
si fueron los hombres o fue el mismo Dios
el creador de esa imagen bendita.

Lo que importa está en el presente
y es que la Virgen nunca está ausente
cuando más se le necesita.

IV

Y es que esta Virgen, tan llena de amores,
es una madre que escucha y que da.
Coge esta vida, cargada de errores,
y marca mi rumbo, que viene y que va.

Y es que esta imagen, colmada de dones,
te empuja adelante, nunca hacia atrás.
Pone esperanza en los corazones
de aquellos que no pueden más.

Ella es el faro que alumbra y que guía,
cambiando la noche, oscura y sombría,
por toda esa luz atrapada en el tiempo.

Ella es la piedra, muralla, torre y vigía,
el puente, la senda, el camino, la vía…
y el agua tan fresca que aviva al sediento.

V

Ella es el mapa de algún navegante
aferrado a los mares como un prisionero.
Es la pasión de aquellos amantes,
Ella es el barro de aquel alfarero.

Ella es la fuerza de aquellos gigantes
que siguen luchando siendo pequeños.
Ella es la costa de aquel inmigrante
que sigue soñando con un mundo nuevo.

Ella es el alma de toda pureza,
Ella es escudo y del bien fortaleza,
Ella es la llama de todas las velas.

Ella es camino de toda promesa,
Ella es la reina, madre y princesa,
Ella es la estampa de nuestras abuelas.

Ella es bandera en toda conquista,
Ella es el viento que agita con fuerza,
Ella es la musa de aquellos artistas
que siguen pintando su amor y proezas.

Ella es el fuego de toda la Gloria,
Ella es el manto que a todos cobija,
Ella es el pueblo y suya la historia,
Ella es la tierra, Ella es Lebrija.

Ella es el sol en toda esa bruma,
Ella es la lluvia de aquella sequía,
Ella es la fuerza que mueve la pluma
y el verso impaciente de toda poesía.

Ella es la luz de todas las lunas,
Ella es el brillo de todos los días,
Ella es el mundo, no existen dudas,
pues todo es Castillo y siempre María.

He dicho.